

BIBLIOGRAFIA

VIDA DE JESUS, por José de Arteche. Zarauz, 1955.

Tal vez parezca extraño que se dé acomodo en esta revista específica de estudios vascos a la reseña de una *Vida de Jesús*. Pero, prescindiendo de que el tema, como resulta patente, es tan universal, es decir, tan *católico*, y que conviene por tanto a todos los espacios del mundo, nos hallamos con que su autor es un auténtico hijo y amigo del país, en cuya ya copiosa obra literaria se deja ver siempre la esencia de su naturaleza y la circunstancia de su afección. Así es que Arteche, que todo lo suele pasar por su molino, ha tenido que darnos también en ese tema, por lo menos la finura de su criba.

Yo he escrito, sin embargo, que Arteche, extraordinariamente cauto en esta ocasión —y no era para menos, tratándose de textos sagrados—, ha puesto poco suyo en la obra. Quizá haya sido una afirmación demasiado absoluta, a pesar de lo mucho que huyo yo de ese género de afirmaciones. Porque la verdad es que un amigo común nos ha hecho ver que Arteche no ha dejando de poner ni aun en esta ocasión su adjetivo, su adjetivo propio, su íntima matización de cada hecho o postura. Por eso esta *Vida de Jesús* «suya» no será una más entre millares, sino una *Vida de Jesús* escrita por un seglar vasco.

F. A.



ECONOMIE DES CHANGEMENTS PHONETIQUES. TRAITE DE PHONOLOGIE DIACHRONIQUE, por *André Martinet*. Bibliotheca Romanica, Series prima, X. Editions A. Francke, S. A. Berne, 1955.

Estas líneas no aspiran a ser una reseña, sino una simple mención del libro. Serio ocioso insistir sobre su importancia. No hace falta estar dotado de un don especial de profecía para prever que su aparición señala una fecha en la historia de la lingüística.

Aun los que conocían las ideas fundamentales que el señor Martinet ha venido presentando en distintos trabajos, las verán ahora, colocadas en su contexto propio, a una luz nueva. Y nadie que quiera ocuparse de una manera competente de la historia y prehistoria de las lenguas podrá desentenderse de su existencia.

Se ha ido adquiriendo desde hace años una comprensión más sistemática de los cambios fonéticos, de la interrelación del fonema o fonemas modificados con el sistema total. El paso decisivo consistía en abrir un camino que permitiera abordar con alguna esperanza el problema de su explicación.

El lector ingenuo, admirado de la precisión de la explicación fisiológica de un cambio fonético, cree hallarse alguna vez en el secreto de sus causas. Pero un segundo de reflexión basta para hacerle ver que esa explicación no explica nada: se trata meramente de un posibilidad, entre otras, que puede realizarse, o no realizarse, en un momento dado. Y, por pequeña que sea su experiencia lingüística, siempre será sobrada para encontrar casos en que no se cumple.

Ahora poseemos un cuerpo, claro y coherente, de ideas sobre el problema. Con su ayuda se ha atacado ya una serie de cuestiones concretas. La experiencia es todavía muy breve y muy limitada: necesitamos una base empírica mucho más amplia de la que se dispone. No parece excesivo esperar que la fonología diacrónica traerá consigo estos años un acopio de información sobre el condicionamiento de los cambios fonéticos en lenguas muy diversas, comparable al que la aparición de la sincrónica, de la que se suele llamar fonología a secas, produjo en orden al conocimiento y descripción de los distintos sistemas fonológicos.

El libro consta de una primera parte dedicada a la teoría general y de ocho ilustraciones de la misma. Las cualidades ex-

positivas del señor Martinet, claridad y brillantez, son notorias; señalemos sin embargo que, de intento o no, ha sabido evitar un peligro, señalado por él mismo: el libro es sobradamente denso para que nadie pueda tomar la facilidad por superficialidad.

Las ilustraciones son variadas y están tratadas magistralmente. Se ha evitado, y no era fácil, el peligro que corren los nuevos métodos de parecer una especie de caricatura de sí mismos cuando se aplican con un fácil esquematismo. No se ha hecho nada tampoco para disimular las dificultades que presenta su manejo. La consideración estructural nos permite establecer una armazón relativamente simple y coherente por medio de la cual podremos conseguir una cierta ordenación de los hechos, y generalmente o siempre más de una. Pero está lejos de abarcar la complejidad de una realidad que, como historia, desborda por definición de todos los esquemas.

El libro tiene para nosotros el valor especial de que dos de los ejemplos escogidos son temas del mayor interés para la lingüística vasca: «Structures en contact: Le dévoisement des sifflantes en espagnol» (12, p. 297 ss.) y «La reconstruction structurale: Les oclusives du basque» (14, p. 370 ss.). De una primera redacción de ambos capítulos han tratado en estas páginas A. Tovar («El vascuence y la fonología», 8, 49 ss.) y el autor de esta reseña («La sonorización de las oclusivas iniciales», 7, 571 ss.).

En nuestro caso, podemos afirmarlo rotundamente, la fonología diacrónica ha conseguido resultados positivos. No sólo por las nuevas vías que abre en general a la explicación, sino también por el valor de las soluciones concretas que ha presentado el señor Martinet.

L. M.



DICCIONARIO ETIMOLOGICO ESPAÑOL E HISPANICO,
por *Vicente García de Diego*. Editorial S. A. E. T. A. Madrid, 1954.

Los trabajos etimológicos del señor García de Diego presentan siempre el mayor interés, por dos razones sobre todo: su constante dedicación a la dialectología española le permite presentar materiales muy variados y poco conocidos, y su jui-

cio tiene la máxima independencia. La importante obra que reñamos ahora es bien característica en ambos respectos.

El libro se compone de dos partes: el diccionario español, lista alfabética de palabras castellanas con una breve explicación de su origen y formación o un envío al número correspondiente del segundo, en el que los artículos van encabezados por las formas, latinas o de otro origen, que se supone han tenido continuación en las lenguas peninsulares.

Entre éstas, además de los dialectos castellanos, se tienen en cuenta no solamente las romances (gallego-portugués y catalán), sino también el vasco. Naturalmente sólo se atiende a los elementos románicos de éste y a las voces vascas que pueden explicar términos romances.

No se ha incluido, ni mucho menos, la totalidad de los elementos de procedencia románica en vascuence, y sin duda no se ha aspirado a ello. Prescindiendo de ejemplos obvios, señalemos por ejemplo entre ellos *ardura* «cuidado», a. vizc. *kirola* «regocijo» (1614), sul. *kürkürü* «aro», ronc. sal. *dekuma tekuma* «diezmo», guip. vizc. *lama* «piezas de hierro con que se endurece y afirma la rueda cerrada del carro» (3734), *lumera* «grasa de peces» (a.-nav.) «ballena», *maiz maes* «a menudo» (4032), vizc. *martitzen* «martes» *marti* «marzo», *moeta* (Garibay y Ochoa de Arin, de donde *mueta*, *mota*) «clase» (4422, cf. Berceo *Mil. 4c*: *E muchas otras fructas de diversas monedas*, pasaje que me fué señalado por mi buen amigo J. J. Beloqui), guip. vizc. *geratu* (de *quedar*, por disimilación), *arbuaiatu* «despreciado» (5618, tomado del romance), *zam(a)u* «mantel» (5795), *zitu* «cereal, cosecha, fruto» (me parece preferible pensar en lat. *sectum*, es decir en rom. **seitu*, que en gr. *sítos*, con K. Bouda), ronc. *texu* sul. *théiü* «sucio» (6530), etc. Las voces citadas no son siempre las más antiguas y características: en 4033 falta *maizter*, y en 2878 (*b)orma* mientras se cita el vizc. *alborma* «tabique», que es claramente un compuesto de *albo* «lado». El vasc. *txiztil* «charco» debía estar en el n. 2227 (*destillare*) y se debía advertir que *k(h)ilo* «rueca», escrito *quilu*, no procede directamente de *colus*, como *goru*, sino de **conuclu*.

Además de los representantes vascos conocidos (*putzu*, de donde por metátesis *zup(h)u*, etc.), ¿no será un continuador del lat. *puteus* el nav., de procedencia vasca, *matio* «pozo donde guardan la sal en las salinas» (en Obanos, según Iribarren)? ¿Cómo se explica el ant. nav. *plazta* «espacio, lugar» que vive hoy en el vasco roncalés con el valor de «plaza»?

No produce ningún desagrado ver que faltan aquí, de inten-

to o no, algunas supuestas etimologías de voces vascas con que aun se tropieza de vez en cuando en trabajos de lingüística románica: *afari* etc. «cena» de **apparium*, *sen(h)ar* «marido» de *señor* (debidas ambas a la fértil imaginación y escasa atención a sonidos e historia de Schuchardt), o *jan* «comer», que por razones no fáciles de comprender aparece s. u. *jentare* en el REW. En cambio aparece *opil* «torta», s. u. *offa* (y no *ofella*), otro legado de Schuchardt. El señor García de Diego parece haber renunciado a su idea anterior de que el vasc. *atari* (de **ata-iri*, documentado en la toponimia medieval) venga de *atrium* o a las de Castro Guisasola de que *ain* continúe a *tam* y *aindo* (que es un neologismo) a *tantus*. Pero entre la descendencia de *altus* incluye el vasc. *alde*, que no tiene nada que ver ni por la forma ni por el sentido, pues como es sabido significa «lado» y jamás se emplea como adjetivo. Es dudoso también que valiera la pena de añadir un artículo *aeger* para no señalar más que el vasc. *eria* «enfermo», que es *eri*.

El vasc. *tauka* (6593) tiene más realidad que la de una mera suposición, pues aparte del ronc. *taika*, atestiguado ya en el siglo XVIII, que supone **tauka*, existe el diminutivo b.-navarro *ttauka* «pañoleta, pañuelo o mantón doblado, uniendo dos de sus puntas opuestas y anudando las otras dos al cuello». Pero hay serias razones (en particular su *t̃*) para pensar que no es de origen vasco.

No parece muy acertada la idea de que *zileitu* proceda de *lezeitu* «permitido» (3860), forma que debiera llevar asterisco, pues no está atestiguada que sepamos. Cualquier consideración etimológica debe partir del simple *zil(h)egi* que es común y aparece ya en el siglo XI (*Cileguieta*, en Navarra).

Sorprende francamente que se pueda pensar que el nav. *sarasate* (escrito así, con minúscula, lo mismo que el gall. *saa-vedra* en el 5836) es un reflejo directo del lat. *salicetum*. Navarro, en sentido lingüístico, es término ambiguo: puede significar vasco y puede significar romance, y la geografía lingüística de esa región presente y pasada debe tenerse muy en cuenta en cualquier trabajo etimológico. Así las dudas que siente el autor con respecto a *bayar* «cribar» no son difíciles de resolver sin más que recordar la situación de Ochagavía que es donde, según Iribarren, está en uso el término.

Escribir con minúscula un nombre propio como si se tratara de un apelativo no es por desgracia un caso aislado en este volumen. Es una verdadera lástima que obra tan importante haya sido compuesta e impresa con tan poco cuidado. Abundan

las erratas (*andbabtjan* 516, traducido como sustantivo mientras que en 2384 el got. *dvals* se vierte por «engañar», prov. *zolatx* 6208, etc.), se ha descuidado la notación de la cantidad latina o se señala donde no es necesario, hay artículos repetidos (708 y 720a, 5818 5819 y 6101 6102, 6028 y 7376, etc.), se describe a *Buchara* como «una región de Persia», etc. Añadamos para terminar esta enojosa enumeración que generalmente no se puede saber si las bases célticas que se aducen son términos de una lengua determinada o formas proto-célticas reconstruidas, no siempre con arreglo a lo que se admite por los tratadistas más autorizados: el galés *bedw* no supone **betus*, ni el a. irl. *trog* (en realidad *tróg*, *truag*) supone *trug-* sino un diptongo, etc.

Entre las erratas figura probablemente *Irumea* «río de Vasconia», que debe ser el *Urumea*, nombre que se supone con dudas que pueda proceder de *flumen*. Entre los continuadores de *flumen* está seguramente, además del *Flumen*, el *Omeçillo*, río alavés, afluente del Ebro por la orilla izquierda, que es un diminutivo como ya indicó el P. Flórez.

Las formas vascas aparecen citadas en esta obra con una grafía poco frecuente, que podemos llamar castellana. No tendría esto mucha importancia si al menos se hubiera hecho consecuentemente, pero no siempre es así (*çetatxu*, *chardía*, *txerri*, *cherri*). No es por otra parte indiferente, y menos en un diccionario etimológico, escribir *s* o *z*, *ts* o *tz* (*sama* y *zama*, *sela seta* por *zela zeta*, *saratx* por *sarats*, etc.). Tampoco nos parece recomendable la práctica de escribir con artículo las voces vascas (*acitraia*, *bizcarra*, *collaria*, *chacurra*, *galdaria*, *gapara* (sic), etc.), y algunas veces sin él. Y, ¿qué representan los acentos con que tan profusamente se han adornado las palabras vascas?

Se hubieran podido evitar con un poco de atención algunas traducciones como la de *sagu* «bicho, sapo» (5831, que se repite en el 5902: *zapo sagu* «sapo») o la que se lee en el n. 6242: «...*sori equin* o *zori equin* «el que dice la suerte», de *zori* «suerte»... y *equin* «el que hace», de *eguitu* «hacer».

Justo es reconocer que la nuestra no ha sido peor tratada que otras lenguas, entre ellas el árabe, que parece adaptarse bastante mal a la ortografía castellana: aquí no sólo no se atiende a la cantidad de las vocales o a la geminación de las consonantes, sino que se notan con una misma letra (p. ej. *t*) fonemas muy distintos. Ni siquiera ha salido favorecido el castellano, pues distinciones antiguas se han considerado en ge-

neral superfluas: *uzo* por *uço* (4723), designado expresamente como a. cast., etc.

Es lamentable, repetimos, que no se haya evitado todo esto, que es accesorio y sobre todo fácil de evitar. Lo sustancial presenta aquellas cualidades comunes a toda la obra del señor García de Diego a que ya hemos hecho referencia al principio. Su actitud es siempre independiente y en muchos aspectos ecléctica: propone etimologías latinas para *vega* e *isart*, etc. p. ej., mientras parece aceptar el origen vasco de algunas voces que generalmente se rechaza actualmente. Sus puntos de vista no siempre serán acogidos sin discusión (así no es fácil creer, sin más, que *zorro* provenga del vasc. *azari*), pero son siempre personales y sugestivos.

Para nosotros, aparte de lo que el libro tiene de positivo, que es mucho, constituye un excelente recordatorio de algo que debíamos tener y no tenemos: un estudio general y detallado del elemento latino-románico en la lengua vasca.

L. M.



MEMORIAS, por Pío Baroja. Editorial Minotauro. Madrid, 1955.

Como explica J. Caro Baroja en una breve introducción, se ha preparado esta segunda edición con un criterio selectivo: «Lo esencial era dar un texto que resultara lo más coherente y »armónico posible, dejando lo que es más vital y útil para la »comprensión del mundo barojiano. Se ha hecho un esfuerzo »para ilustrar esta edición de un modo adecuado... y se ha »esbozado un índice analítico que pueda servir de guía y orien- »tación al lector. También se han corregido algunas erratas »de la edición primera».

Las fotografías que ilustran esta edición, a pesar de las dificultades a que se alude en la introducción, no pueden ser más adecuadas. Se cierra el volumen con una bibliografía de Baroja tomada de la revista *Índice*, un breve epílogo de puño y letra del autor y unos índices muy cuidados. Además del general, hay un índice de personas, otro de obras del autor y uno de voces vascas.

La composición material del volumen es tan esmerada como su preparación. Es un esfuerzo que honra a la nueva Editorial Minotauro y una promesa firme de la calidad de sus publicaciones próximas.

L. M.



SCHLAEUCHE UND FAESSER, por *Johannes Hubschmid*. A. Francke AG. Verlag. Bern, 1955.

La finalidad y alcance de esta obra están claramente explicados en el subtítulo: «Wort- und sachgeschichtliche Untersuchungen mit besonderer Berücksichtigung des romanischen Sprachgutes in und ausserhalb der Romania sowie der türkisch-europäischen und türkisch-kaukasisch-persischen Lehnbeziehungen». Más de una vez he tratado en las páginas de este *BOLETIN*, con verdadero placer, de los trabajos de J. Hubschmid, que unen siempre a una información excepcional un juicio maduro y sereno. Se ocupa esta vez de palabras culturales, de los nombres de odres y toneles, y principalmente de los primeros, y una búsqueda infatigable de los nombres a través del tiempo y del espacio junto a la atenta consideración de los objetos le permite trazar un amplio cuadro, extremadamente sugestivo, de relaciones culturales y de su reflejo lingüístico. Como siempre, ha hecho pleno honor a los principios metódicos que expone en la página 162.

Límite mi comentario a sus consideraciones sobre vasc. *aska* y *zahagi* etc. Hubschmid toma en consideración, con todas las reservas, la posibilidad de que el vasc. *aska* esté emparentado con el gr., ya homérico, *askós* «odre» (p. 81 s.). Ello supone un cambio semántico de «odre» a «recipiente de madera o de piedra», y en apoyo recoge de Lhande algunas acepciones no citadas por Azkue: *ardanaska* «vase à vin», *lurraska* «vase a grès». Pero en definitiva esto nos lleva a juzgar el valor que debe concederse a Harriet e Hiribarren, que son las fuentes de Lhande: ¿han existido estas formaciones en ese sentido o se trata sencillamente de construcciones de los lexicógrafos citados? Creo, en todo caso, que los datos seguros de que disponemos sobre los

sentidos de *aska* no apoyan demasiado la presunción de que en época histórica haya significado «recipiente en general».

Es importante además, para la etimología de *aska*, la existencia de una variante *arska*, que al parecer sólo está atestiguada en suletino. Aparece ya en Sauguis (prov. 185): *Arrotz maitena arscan* «De extraños el más amado en la artesa» (trad. de J. de Urquijo, *RIEV* 2, 723). La recoge S. Pouvreau, como palabra de Oihenart: «Arzca. mé. O. mahira» (y «Asca. auge. makiña. ortera»), que vuelve a citar s. u. *mahira* y *maïra*. En sul. moderno, a juzgar por Gèze y Larrasquet, sólo se conoce *áska*, pero también dan como formas únicas *ásto* «asno». *hazkû* «tejón» y *ósto* «hoja», habiendo testimonios antiguos de *arsto* (Sauguis, Oihenart, Tartas), *harzkû* y *orstó* (Oihenart, Tartas). Sería evidentemente temerario afirmar en un caso como el de *a(r)ska* que su *r* es etimológica, pero también lo sería el negarlo. No sólo es natural que grupos como *rs* y *rz* se redujeran a *s* ante oclusiva, sino que en algún caso (guip. *oski* «dentera» de *ortz*) la reducción está probada. Entre suponer que la *r* de *arska* es epentética o no, la segunda alternativa es tan probable como la primera. Yo diría que decididamente más probable, si tuviera que dar mi opinión llana y simple.

Queda el a.-nav. guip. vizc. *arraska* «pesebre de piedra, fregadera». Si nos atenemos al análisis obvio, *arr(i)-arka aska* de piedra, parece que *aska* pudo tener un sentido lo suficientemente indeterminado para recibir una determinación del material con que ocasionalmente se hacía, la piedra. Pero no sé si una vez más lo obvio es además exacto. Por lo menos en Rentería *arraska* es sencillamente «fregadera», y *aska* designa un abrevadero de piedra. Aizkibel define *arraska* como «canalón para arrojar inmundicias» y *arraskea*, entre otras acepciones, como «vaciadero de la cocina». Para Larramendi *arrasquea* es «el fierro de limpiar la artesa» (que parece estar relacionado claramente con *arraskatu* «rascado») y *arrasquera* «fregona, fregatriz».

El autor tiene sin duda razón en rechazar la relación entre *za(h)agi*, etc. y esp. *zaque*, como también la propuesta por Gavel entre *xahako*, etc. y *saco*. Lo que resulta extraño es que declare esta última palabra poco clara en cuanto a etimología. Si por etimología entendemos la inmediata, resulta evidente que *za(h)ako* es un diminutivo de *za(h)agi* exactamente lo mismo que *za(h)ato*: el suf. *-ko* está tan bien documentado como *-to* con ese valor, e incluso se puede pensar que aquí *-to* proceda por disimilación de *-ko* en **za(h)agi-ko*, forma previa que supone

el actual *za(h)ako* (cf. a.-nav. guip. de Echarri-Aranaz *zagito* «bota»). Ambas variantes son exactamente sinónimas y por su distribución especial complementarias. Según los datos —sin duda incompletos— de Azkue, la forma en *-ko* es b.-nav., lab., ronc., sal. y suletina; la en *-to* a.-nav., guip., lab y vizcaína. La equivalencia fué ya reconocida por S. Pouvreau que escribe: «Çahagüia. çahacoa. çaacoa. outre a porter vin ou huile» («Çahagüia. peau de cuir a mettre vin ou huile. outre»). No necesito por otra parte repetir que, a mi modo de ver —y esta no es una simple opinión, sino el resultado de un examen detenido de los hechos—, no hay motivo para pensar que *xahako* sea un «desdoblamiento» de *xako*.

Me he extendido en estas consideraciones, bastante extemporáneas, porque cualquier ocasión es buena para añadir precisiones, por insignificantes que sean, a la historia de las palabras vascas. Réstame ahora insistir sobre las cualidades excepcionales de esta obra del señor Hubschmid, verdadero modelo en su género, que ciertamente no tiene la menor necesidad de mis elogios.

L. M.



GRAMATICA VASCA, por *Umandi*. Patrocinada por el Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo». Zarauz, 1955.

Conviene empezar por señalar que este extenso volumen de más de 600 páginas es un método para la enseñanza y el aprendizaje de la lengua vasca, como expresamente se advierte en la «Exposición» preliminar (p. IX). Es obligado advertir esto porque sabemos que el título que lleva la obra es debido a circunstancias en que el autor no ha tenido intervención.

No por ello deja, sin embargo, de ser una gramática. Lo es, y muy extensa y completa. Pero en todo momento se echa de ver cuál es la preocupación primordial del autor. Dedicándose él a la enseñanza del vascuence, echaba de menos un método, una exposición graduada de la teoría gramatical unida a ejercicios prácticos también graduados y suficientemente extensos; pensó que otros se encontraban y se encontrarían en la

misma situación, y quiso resumir los frutos de su experiencia pedagógica en un libro que pudiera ser de ayuda para todos.

Nadie debe asustarse por las 600 páginas del libro. Este, normalmente, está destinado a servir de guía a un profesor, más que a una persona que quiera aprender la lengua por sí misma. Y también, lo que no se aparta mucho de lo anterior, al que poseyendo ya un conocimiento corriente, más o menos defectuoso, de la lengua, desee perfeccionarlo. En segundo lugar, como ya advierte el autor, los principios básicos están expuestos en las 83 primeras lecciones. Habrá acaso quien discuta la conveniencia de incluir en un método formas como por ejemplo las del tipo *ikus badeza*, *baleza* que son —entre nosotros— de muy raro uso en el habla cotidiana, pero su conocimiento no puede hacer daño a nadie y sí evitar más adelante malas interpretaciones. Quien sólo desee poseer el guipuzcoano corriente sabe que no necesita recargar con ellas su memoria, pero quien desee leer textos literarios —incluso los guipuzcoanos actuales— debe conocerlas con la mayor exactitud posible, y la verdad es que este conocimiento accesorio es bien fácil de adquirir para quien posea el principal.

La lengua que expone Umandi es una *koiné* de base guipuzcoana, el *gipuzkera osotua* de Azkue, algo menos matizada de alto-navarro que la de Arrigarai-Ataun. Como no está fijada en todos los aspectos, es natural que algunos de los rasgos de la que en este volumen se enseña —más en lo referente al léxico que a la morfología— se presten a la discusión y pueden ser sustituidos por el profesor para evitar discrepancias excesivas con los usos locales. Lo más discutible es a mi entender el estudio de la conjugación familiar en la parte final, y es justo reconocer que aquí la falta es mucho menos del autor que colectiva, pues no tenemos paradigmas modernos dignos de confianza y los usos están muy lejos de ser uniformes.

Es una lástima, en mi opinión, que en algunos aspectos la terminología gramatical no sea más moderna. No abogo por la introducción de términos que en una obra de esta clase parecerían revolucionarios y podrían ser perjudiciales al chocar con los que son familiares al estudiante. Pero no creo que pueda ser dañoso, y sí útil, puesto que ayuda a adquirir ideas más exactas sobre la naturaleza del lenguaje, el llamar sonidos a los sonidos en vez de llamarles letras.

Esto, en todo caso, afecta poco a la utilidad básica del libro: siempre es fácil, con un poco de buena voluntad, traducir unos términos por otros. Añadamos que el volumen lleva unos

apéndices muy útiles: una extensa colección de modismos (págs. 523-551), dos índices de palabras (vasco y castellano, págs. 552-617), bibliografía, índice de afijos, y de materias (gramática y verbo). Estos índices, que constituyen entre nosotros una innovación en obras de esta clase, resultarán sin duda de la mayor utilidad para el lector. Es un detalle más en esta obra en la que reconocemos uno de los esfuerzos más meritorios que jamás se han llevado a cabo en favor de la lengua vasca. Y no sería justo olvidar en este reconocimiento a todos aquellos que con su ayuda desinteresada y callada han hecho posible su publicación.

L. M.



GRAMATICA VASCA (DIALECTO VIZCAINO), por *Pablo de Zamarripa y Uranga*. 7.^a edición. Talleres Gráficos Verdes. Bilbao, 1955.

El hecho de que este libro del señor Zamarripa (q. e. p. d.), vea la luz por séptima vez habla de sus méritos con suficiente elocuencia para que no tengamos que ponernos ahora a puntualizarlos. Son, por otra parte, sobradamente conocidos de todos. Diremos, sin embargo, aun a riesgo de recorrer caminos trillados, que es más bien un método que una gramática, y que la exposición de la teoría va unida a numerosos y bien elegidos ejercicios cuya clave va al final del volumen.

Diremos también que es probablemente la única exposición completa y digna de confianza del dialecto vizcaíno entre lo que hoy puede adquirirse en las librerías. Y al decir digna de confianza aludimos a que, dentro de lo que pueda tener de personal, es una exposición del vizcaíno tradicional y no de las ideas del autor acerca de lo que debiera ser el vizcaíno.

Felicitemos a la Casa Verdes por haber puesto a la disposición de todos un libro cuya necesidad se venía sintiendo vivamente y esperamos que pronto salga a la luz el volumen aparte con los vocabularios castellano-vasco y vasco-castellano del mismo autor.

L. M.